Liberar la historia

Josu Sorauren. Agoitz

El poder del "establishment" para alienar a todo un pueblo, a nadie se le oculta, es inconmensurable. Evocar episodios de nuestras etapas educativas de la infancia y de buena parte de nuestra juventud, a mí al menos, no deja de provocarme cierto sonrojo y humillación. Eso significa el hecho de habernos tenido que tragar aquellas ínclitas historias de flechas y pelayos, que tan denterosas y pringosas nos resultan hoy día. En esa misma línea estaban, con un mayor acento sádico si cabe, aquellos cursos de formación del espíritu nacional, con campamento de místicos azules joseantonianos y de banderas al viento... Nos pintaban un mundo de héroes quijotescos de medio pelo, de odiosos e insolidarios valores eternos, de santos que trasmutaban la cruz en espada y la espada en cruz... Toda la profunda náusea que aún hoy día me producen aquellas escenas, pura caricatura de un mundo fracasado y decadente, es nada comparada con el dolor que nos ocasiona la ocultación, la tergiversación y manipulación de la historia de Nafarroa, mi pueblo.

Eran de obligado aprendizaje las gestas de Indibil y Mandonio, de Viriato, de los héroes de Numancia. Nos resultaban lacerantes la lista cabal y sin titubeos de los reyes godos y las míticas gestas de los grandes héroes de la reconquista capitaneados por el Cid. En esas épocas, al parecer, mi pueblo carecía de eventos dignos de ser reseñados. Las mejores intenciones de algunos doctos, paisanos nuestros, nos remitían a una nebulosa de reyezuelos ultramontanos, a la rota de Roncesvalles, sin más aportación que la de los efluvios épicos de la Chanson de Roland, a la bravura de Sancho el fuerte desmochando a la morisma y a poco más. Humillante, sólo propio de mentes de ínfima calaña moral, era la versión de la conquista de Nabarra, que bajo el vidrioso concepto de anexión, se nos impartía como un trágala incontestable.

En el período comprendido entre el Renacimiento y la Edad Moderna, Nabarra existía prácticamente arrinconada en la noche de los tiempos. Mientras, la espada y la cruz del imperio hacia Dios arrasaban las Indias, y en sus dominios no se ponía el sol... La historia, la de los vencedores por supuesto, saca a Nabarra de este premeditado sopor con la contienda carlista, que se nos presentaba fundamentalmente como la movida de un pueblo rústico, fanatizado por la religión y el tradicionalismo. Lo sorprendente era, que siendo muchos de nuestros entornos familiares "boinarrojas", sin entender muy bien por qué, habíamos de asumirla inclinando la cerviz con el reglamentado amén.

El drama que vivió Nabarra, impulsado por la mística inhumana de la iglesia, salvaguarda de ciertos sagrados valores, el fascismo especulador, del periodista y mentor del Diario de Nabarra, Garcilaso, y el ardor guerrero de Mola, es harto sabido por reciente. Muchos hemos conocido y conocemos a testigos y agentes directos de la tragedia. Durante largos años, la contienda se nos presentó como la cruzada heroica de un pueblo contra el comunismo y el separatismo.

Fue el contacto con la universidad lo que a algunos nos aportó la remoción de nuestras conciencias. Esto no quiere decir que las disciplinas universitarias se liberaran de la versión oficial de la historia, en absoluto. Sin embargo, el clima universitario nos permitió acceder a textos y ambientes donde se ponía en entredicho toda la verborrea del "Movimiento". La lectura de Lacarra, Moret y Aleson, Pedro de Madrazo, Campión, Iturralde, y posteriormente el contacto con una nueva historiografía, impulsada por grupos como Iturralde y de grandes investigadores como Huici o Jimeno Jurío, supuso para algunos de nosotros una completa oxigenación mental. Y algo más, el nacimiento de un orgullo inédito, la liberación de estereotipos apabullantes y apergaminados, y la conciencia de pertenecer a un pueblo que desde su digna pequeñez, al menos hasta nuestros días, luchó lo mejor que supo y pudo por mantener su identidad.

Lo que nos hurtaba la historia oficial era muy serio, y al menos para mí, extraordinariamente paradigmático. Desde que el legendario Eneko Aritza es alzado, no es algo baladí todo el acontecer de un pueblo en pos de la construcción de un reino sin más ambiciones que constituírse como un estado libre. "Pro libertate patria gens libera state", proclamaban nuestros infanzones de Obanos. En el s.XI, Sancho Garcés III, Sancho el Mayor, reina en toda Euskalerria. Nabarra era un prestigioso estado europeo. Nabarra, al contrario de algunos reinos colindantes, no muestra más belicosidad que la necesaria para defender sus fronteras. Ese es el drama de Nabarra, asistir con permanente zozobra a las acometidas, fundamentalmente de Castilla, para desmembrar Euskalerria. Comienzan arrebatándonos la Nabarra marítima y no cesarán hasta usurpar la totalidad del reino.

Después de leer el impresionante trabajo de síntesis y documentación que sobre la conquista de Nabarra ha hecho nuestro amigo Pedro Esarte, usar para este hecho histórico el concepto de anexión, mas que tergiversación es una alevosía. Miles de muertos, docenas de ejecutados y deportados, diezmos, alcabalas y patrimonios de iglesias y monasterios decomisados, haciendas y posesiones de los que se oponen a la invasión embargadas, palacios y casas fuertes arrasados, y una lista inacabable de fechorías...Y ésto durante largos años, hasta que el último nabarro rebelde acata los designios del rey de Castilla.

Sociedades multiculturales establecidas en el reino, perfectamente integradas entre sí como la judía, la musulmana y la cristiana, sin ir más lejos la tudelana, son desmanteladas por los esbirros de la Inquisición y por el rancio espíritu de aquella Castilla, ebria de limpieza de sangre. A los no cristianos se les expulsa en la más flagrante indigencia e ignominia. Y lo más grave de todo, un reino constituído con la mentalidad del derecho pirenaico, donde el rey jura y promete servir fielmente a su pueblo y cumplir sus leyes, pasa a manos de reyes imbuídos del espíritu feudal, en los que el soberano es dueño y señor de haciendas, vidas, y por supuesto de leyes. ¿Quién osa ser tan desvergonzado atreviéndose a llamar a ésto anexión?

Evidentemente, en la historia oficial no habríamos de encontrar a ilustres personajes, defensores del reino con sus vidas y patrimonios, como los Jaso Azpilikuetas, Los Velez de Medrano, y sobre todo a un auténtico mártir de la soberanía Nabarra, noble y egregio donde los haya, el Mariscal Pedro de Nabarra, asesinado en la cárcel de Simancas por su negativa a someterse y doblar la rodilla bajo el emperador Carlos, usurpador del Reino. Ahí tenemos a Francisco de Xabier, que con dieciséis años jura no descansar hasta reponer el honor y el patrimonio de su familia incautados por los conquistadores.

¿Así nos han contado la historia a los nabarros? ¿Hubiera llegado el pueblo basco, "todos los nabarros", a esta situación de inanición que hoy día nos atenaza si todos nuestros próceres se hubieran esforzado por ofrecernos esta visión de la historia? ¿Podremos permitírnoslo en la actual coyuntura con la implantación en Euskalerria del estado de Nabarra? Ingenuas preguntas las mías, sabiendo qué estirpe de vendepatrias, establecidos en nuestros lares bajo el auspicio del felón condestable conde de Lerín, han ido apareciendo puntualmente en los momentos cruciales en que Nabarra se jugaba su ser o no ser. Ellos fueron los que vendieron, en el mal llamado pacto de Bergara, los último despojos del viejo reino. Aparecieron en el 36 elaborando aquellas listas macabras, con las que se asesinaban a los más pobres y desheredados. Los pudimos ver, como demócratas de toda la vida, elaborando la sacratísima e intangible carta magna que tan sólidamente tiene aherrojados los destinos de Nabarra.

Hemos llegado a un punto en que, para un gran número de Nabarros, si les quitan los sanfermines, el Osasuna y la jota brava (algunos añadirían a nuestro Indurain), me temo que no podrían aportar ninguna seña de identidad que los distinguiese de alguien de otro lugar.

He aludido a la jota y no me parece que sea algo trivial su elocuente mensaje, porque él, tal vez, nos pueda aclarar qué es lo que satisface y define a buena parte de los nabarros, que no aspiran a ningún tipo de flirteos soberanistas. Veámos. "Para ser un buen Nabarro, hay que correr el encierro, ser noble y ser bravo", como un buen torete, sin duda. Un nabarro debe ser solidario con el resto de los pueblos, pero "si se hunde el mundo que se hunda, Nabarra siempre p´alante", aunque sea contra el adusto muro del baluarte, por ejemplo. No está tan claro cómo deben ser las nabarricas, aunque sin duda corajudas sí lo parecen, por aquello de "nabarrica valiente nadie puede con ti, que ni Dios pué contigo, porque Dios te hizo así..."Ole tus...tu madre...".

Son algunas de las innumerables perlas, definitorias del carácter oficial de un buen nabarro, que como éstas, salpican todo nuestro folklore nabarrista, pero ¿qué puedo decir?, a mí se me da como que quedamos retratados pelín cutre y fanfarrones, ¿no? Pero no son estos momentos para sátiras más o menos desafortunadas. Es demasiado serio el momento para que los que vemos a nuestra Nabarra entre el ser y el no ser, nos durmamos en el pesimismo o en cínicas ironías.

Desgraciadamente, los políticos, hoy por hoy, nos parecen excesivamente constreñidos dentro del cascarón de sus aparatos de partido, eso sí, es ineludible contar con ellos. Tengo más fé en entidades culturales que sean capaces de crear centros de interés e instrumentos de divulgación de nuestra historia, la que nunca nos contaron, la que nos manipularon o como en tantas ocasiones, prostituyeron.

Un pueblo puede soportar mil vicisitudes, penurias, hambres, guerras, invasiones, pero si en su corazón y en su mente guarda celosamente su historia, pervive. A un pueblo le podrán arrasar sus monumentos y su patrimonio, pero si mantiene su lengua, su cultura, su historia acabará por recuperarlos y con ellos su soberanía.

Este es el mensaje que muchos nabarros quisiéramos votar, y sin duda el que quisiéramos ver en el programa de algunos partidos políticos que juran desvivirse por y para Nabarra.

Este es el deseo de muchos nabarros, identificados por las fuerzas fácticas como viejos soñadores que andan a puro devaneo con la utopía y a quien la omnímoda visión del ojo del gran hermano controla celosamente... Y todo ello porque seguimos esperanzados en que "Gu gaurko euskaldunok, gara, izan gara eta izanen gara". Jainkoak nahi dezan...